

UN POETA FILOSOFO

Nació José Eusebio Caro en Ocaña, en 1817. Murió en Santa Marta en 1853. Treinta y seis años apenas vivió este hombre excepcional, que supo dejar huella profunda en el pensamiento colombiano. Y decimos esto no sólo al referirnos a la obra poética del hijo de Ocaña, obra que no ha perdido su virtualidad lírica con los años, y antes bien se acendra; lo decimos pensando en su formidable obra filosófica, cuyas consecuencias se extienden hasta nuestros días, como trataremos de demostrarlo más tarde, y en su labor política, que tiene vigencia actual inobjetable, pues Caro echó las bases morales e ideológicas de uno de los dos partidos históricos de Colombia que, durante tantos años, se ha disputado la soberanía social de la República. No fue, ni podía ser, extensa la obra escrita de Caro. Es, por el contrario, muy breve; pero de rara intensidad. Caro fue de esos escritores que, en pocas páginas, suelen dejar tesoros de doctrina y de experiencia, a imitación de ciertos productos sintéticos que, bajo exigua apariencia, contienen extraordinaria energía vital. Quizás tuvo el presentimiento de su fin prematuro, y quiso vengarse de la brevedad de su vida condensando toda la vitalidad mental de que era capaz en páginas duraderas, de sentido inexhausto. Corta es su obra poética, corta es su

obra científica, corta es su obra filosófica; todo eso ha podido reunirse en un volumen de poco más de doscientas páginas. Pero quien toma en sus manos ese libro, y comienza a leer esas páginas compendiosas y sabias, saca la impresión de que Caro no fue un pensador de nuestra raza, tan habituada al derroche verbal, ni un poeta de sangre americana, tan propensa a la vaciedad lírica, ni un escritor de lengua castellana, tan ocasionada a las exageraciones, hipérboles y redundancias, sino un escritor de mentalidad sajona, alumno de una universidad creadora de grandes Scholars y de investigadores científicos. Todo nos hace pensar en esa procedencia: la seriedad de su vida, el método de sus discursos, la racionalización de su inteligencia, el sistemático proceso de todas sus investigaciones y la manera trascendental como contempló todos los problemas del mundo y del espíritu. Su misma poesía es un modelo de orden y de simetría, como ya lo veremos. De manera que de dos maneras es sintético el talento de Caro. Por la condensación a que tuvo que sujetar todos los asuntos que cayeron bajo la consideración de su inteligencia, y por el método verdaderamente científico que supo aplicar a sus reflexiones. Lo uno pedía lo otro, y Caro halló la más cabal concordancia entre ambas exigencias. Fue metódico porque fue compendioso, y fue compendioso para adaptarse a las necesidades de su método. Inteligencia perfecta, diríamos nosotros, ya que es difícil encontrar estas dos cualidades reunidas en el espíritu de los grandes escritores. Los unos, por ser breves, caen en el esquematismo trivial, y los

otros, por aparecer organizados, degeneran en la mecanización sistemática. De ambos extremos estuvo alejado Caro, porque el artista que había en él le dejó entrever el punto de intersección de ambas tendencias y el momento en que semejantes antagónicas facultades, encontraban su punto de equilibrio para dar origen a la creación literaria perfecta.

Caso admirable de precocidad fue don José Eusebio Caro. Comenzó su obra literaria a los diez y ocho años, aunque antes había escrito versos; pero es a partir de aquella edad cuando ya comienza a manifestarse su talento literario. A los veinte estaba éste casi en su total desarrollo, y al mismo tiempo era dueño ya de varios idiomas extranjeros y de una cultura literaria tan sólida que defendía, con pasmo de sus profesores, uno de los cuales era el doctor Ezequiel Rojas, el principio de utilidad de Bentham, doctrina a la cual estuvo afiliado en sus mocedades y que indudablemente fue impuesta a su conciencia de estudiante por el ilustre hijo de Miraflores. Ya veremos cómo más tarde adoptó la posición contraria y escribió la más brillante y contundente refutación de esa doctrina, formando entre los grandes adalides de la idea católica durante el siglo diez y nueve.

Por esta misma época presentó, frizando en los diez y nueve o veinte años, exámenes lucidísimos de Legislación, ciencia que enseñaba el mentado doctor Rojas, y de Derecho Civil patrio, todo ello precedido de sendos discursos que fueron muy aplaudidos. Por aprobación unánime obtuvo el título de bachiller. Un poco antes, hacia 1836, ha-

bía fundado en unión de sus primos hermanos Francisco Javier y Antonio José Caro, y de don José Joaquín Caro, un periódico exclusivamente literario, el primero que de tal índole se editaba en el país, llamado La Estrella Nacional.

Terminados sus estudios universitarios, pues nunca quiso recibirse de abogado, ni ejercer la profesión, se dedicó al estudio de la filosofía y de la literatura. Como casi todos los hombres de ese tiempo, sufrió la influencia espiritual de los enciclopedistas franceses, a quienes leyó apasionadamente. Voltaire, el barón de Holbach, Condorcet, Volney, etc. fueron sus autores favoritos, hasta que sus naturales inclinaciones espiritualistas y su espíritu profundamente cristiano, circunstancias a las que ayudaron apologistas católicos de la importancia de Balmes, Bonald y De Maistre, lo hicieron volver al redil de la Iglesia de Roma y a las creencias de sus mayores, que, valga la verdad, no habían sido desarraigadas de su corazón. Pero es que filósofos como Bentham, cuyas doctrinas fueron implantadas en el país por el general Santander, que había sido amigo personal del pensador inglés y que aquí eran enseñadas oficialmente y tenían propagadores tan inteligentes y tan hábiles como el doctor Ezequiel Rojas, no podían menos de cautivar a los temperamentos juveniles, tanto más cuanto que esas doctrinas, buscando la línea de menor resistencia, pues hacen consistir el bien en la utilidad y la moral en el placer, explotan las flaquezas humanas y como que sistematizan las naturales tendencias del instinto. El predominio de estas teorías fue fugaz en

el ánimo de Caro, como ya lo dijimos, y el entusiasmo con que las profesó en su tiempo no fue comparable nunca al vigor dialéctico y al coraje de ánimo con que supo combatirlas en la época de su madurez intelectual.

En el orden de las ideas literarias y poéticas, sufrió Caro una evolución tan radical como la que tuvo en el campo religioso. En los comienzos de su inspiración lírica, era partidario del seudoclasicismo francés, y de su reflejo en España. Efectivamente, sus autores predilectos eran Moratín, síntesis consumada de aquel espíritu, y Martínez de la Rosa, que había escrito también una Arte Poética, a imitación de la de Boileau, y que, no obstante sus amagos románticos, ya que se le puede considerar en España como precursor de esta gran revolución, todavía era partidario de las tres unidades y demás dogmas de la preceptiva francesa del siglo diez y ocho. Más tarde lee Caro a los grandes poetas italianos y franceses, como Tasso, Alfieri, Lamartine, Hugo, etc., y éstos descubrieron a su inteligencia regiones desconocidas y dieron a su canto un timbre augusto, hasta entonces desconocido en la lírica castellana.

Caro aceptaba y propiciaba todas estas evoluciones de su pensamiento moral y de su estética literaria, porque era eminentemente un hombre nacido para la verdad, y un temperamento ávido de conquistas, sin que hubiese pactado nunca con la rutina ni con las ideas hechas o los principios muertos. Quería vivificarlo todo. Ya en los últimos años de su vida, y estando en la ciudad de Nueva York, sujetó a rigurosa revisión toda su

obra poética y la refundió, sin desfigurarla, como suele acontecer en estos casos, antes bien dándole un mayor sentido rítmico y adaptándola a las más altas armonías de su espíritu. ¡Ejemplo admirable de movilidad interior y de curiosidad de espíritu!

Sabía Caro que su obra literaria no tendría ni la eficacia ni el alcance de las inspiraciones clásicas si no las animaba y encendía el genio del idioma, y por esta razón consagró al estudio del castellano buena parte de su actividad intelectual. Leyó ávidamente la gramática de Bello y la comentó en forma luminosa. Dejó entre sus originales varios apuntes sobre temas absolutamente gramaticales, y formuló la verdadera teoría del verso castellano, cuando dijo: "Lo que constituye el verso esencialmente es la distribución de los acentos en series regulares; eso es lo que se llama ritmo. Quien dice ritmo dice verso. La medida no es una cualidad primitiva en el verso sino una consecuencia del ritmo. Así pues la diferencia esencial que hay entre el verso y la prosa, es la misma que existe entre la marcha militar y el paso ordinario, la igualdad de los compases que hay en aquélla y falta en ésta. Lo que hay de común entre el verso y la música es el compás. Lo que hay de más en la música es el tono. La conversación, o sea la prosa, carece de ambas condiciones". No se puede ser ni más preciso, ni más claro, ni más exacto en la definición de un concepto.

Hubo en Caro una curiosa diversidad de talentos y de facultades al parecer antagónicas. Fue poeta al mismo tiempo que matemático insigne;

lirico a par de filósofo. Bueno será recordar aquí, que, siendo empleado de la dirección de crédito público, reformó la contabilidad. Oigámoslo, porque el dato es curioso. "Las incoherencias y confusos métodos planteados en aquella oficina por su primer director, me obligaron a estudiar profundamente el método de contabilidad universalmente seguido en el comercio y conocido con el nombre de partida doble". Mas la partida doble, fundada en ficciones semejantes a las legales de los romanos, no podía satisfacer a un espíritu acostumbrado al ejercicio del análisis, a la precisión de la nomenclatura y a la exactitud de los resultados. "Esto me condujo a meditar más y más sobre los verdaderos principios de la contabilidad, y después de muchos esfuerzos, ensayos y trabajos, creo por fin haberlos descubierto".

Creo oportuno reproducir aquí también su concepto acerca del comercio. Dice así: "Si al abrazar una profesión fuese negocio de elección y de voluntad, la profesión que yo habría abrazado sería el comercio. Es una profesión independiente, moral y lucrativa. Independiente, porque un comerciante de nadie depende sino de su honradez, de su actividad y de sus cálculos. Moral, porque el comercio contribuye a desenvolver todos los hábitos de orden, de frugalidad y de economía. Lucrativa, porque en el comercio es donde regularmente se han acumulado las grandes fortunas y es la carrera cuyo horizonte presenta más halagüeñas y largas perspectivas para una ambición honrada. Además, el comerciante es viajero y en los viajes halla la más favorable ocasión pa-

ra ensanchar su inteligencia, para instruirse en las lenguas, leyes y costumbres de los diferentes pueblos; para adquirir la prudencia que calcula los peligros y la intrepidez que los arrostra; para estudiar a los hombres, para comparar unos países con otros, y presenciando el espectáculo de la libertad y de la civilización a que han llegado los unos, comprender el punto final a que pueden encaminarse los otros”.

Por otra parte, no ha sido rara en Colombia esta especie de autonomía que, dentro de su espíritu, han ofrecido varios poetas colombianos. Don Miguel Antonio Caro, hijo de don José Eusebio, fue igualmente un hombre dotado de los talentos poéticos y de las disciplinas filosóficas y jurídicas, bien que su inspiración lírica no tuvo nunca el vuelo de la de su progenitor; don Rafael Núñez fue un romántico ardiente y un poeta de lira apasionada, al mismo tiempo que pensador y filósofo y profundo sociólogo; don Diego Fallon es el autor de una arrobadora poesía a la luna, que recuerda el idealismo de los poetas ingleses, y cultivaba las matemáticas no como aficionado sino como hombre de ciencia y era también músico insigne; a Silva no lo favorecieron las circunstancias para desarrollar sus certeros y bien calculados proyectos industriales; en los tiempos actuales, el maestro Valencia fue muy versado en asuntos médicos y en cuestiones de economía y de ciencias naturales. De modo que es tradición en Colombia esta multiplicidad de facultades de sus grandes poetas, y por eso nada de extraño tiene que José Eusebio Caro fuese un contabilista de

genio original dentro de esta árida rama, al mismo tiempo que un poeta de soberano arranque lírico.

Esta multiplicidad de facultades, aparentemente antagónicas, lejos de haber conducido a Caro al campo de la dispersión intelectual y de la anarquía de los instintos, hizo de él un sér dotado de espléndida unidad moral, y le dió un sentido casi heroico de la personalidad. Porque es esta personalidad lo que descuella principalmente en Caro, ya se trate del hombre o bien del poeta. Sus versos no se confunden con los de ningún otro bardo americano. Llevan profundamente marcado el sello de su carácter austero, lógico pero al mismo tiempo sensible y capaz de todas las ternuras humanas. Dentro de la numerosa variedad de temas y de asuntos que despuntan en la poesía de Caro, cualquier lector inteligente adivina la unidad de espíritu y de doctrina, que no estorban a la diversidad de tonos líricos. Pero hay siempre una nota fundamental en esta poesía, nota que la suministra el propio autor, tomándola de lo más profundo y entrañable de su personalidad. Es, repito, su carácter de hombre, que viene a ser como el elemento másculo de su poética. En una carta fechada en Nueva York y dirigida a don Julio Arboleda (5 de julio de 1825) nos da Caro una especie de resumen de su doctrina lírica, que puede servir de método crítico para juzgar e interpretar su propia obra. Dice así:

“La poesía es el canto del hombre, y nada más. En ese canto hay dos cosas: la voz y el sentimiento; las dos juntas son la poesía. La voz sin el sen-

timiento expresado, es sólo música; el sentimiento sin la voz es sólo pasión. El poeta no es sólo un hombre apasionado, porque entonces todos los hombres que tienen fuertes y nobles pasiones lo serían; ni es sólo un músico, porque entonces lo serían todos los músicos. El poeta es un hombre que canta lo que siente. Cuando no canta lo que siente, sino cuenta lo que inventa, baja de poeta a novelista, y en este descenso, así pierde el carácter de poeta como lo perdería si no cantando lo que siente sino realizando lo que inventa, pasa de poeta a ingeniero”.

Esta cita es preciosa, pues nos da la clave de la poesía de Caro. Esta clave consiste en buscar, ante todo, valores humanos, vale decir, sentimientos e ideas, realizados estéticamente por medio de la música. A eso podríamos reducir la lírica de Caro, como, en general, toda poesía lírica, que no es ni debe ser más que la transcripción melódica de la sensibilidad exaltada en contacto con la vida. La poesía lírica es choque vital, que lleva sus resonancias a todos los ámbitos de la conciencia. Efectivamente, en lo que concierne a Caro, podemos rastrear todas las circunstancias de su existencia en sus poemas, que casi siempre tienen carácter autobiográfico, pero tomada esta palabra no como recuento de menudencias diarias, sino como la historia de un espíritu, o si se quiere, la fábula de un alma. Caro identificó sus versos y su alma, y comunicó a sus poesías todas las grandes inquietudes que hicieron de esa alma un escenario grandioso por donde pasaron todas las imágenes del amor y de la muerte, ante la pre-

sencia de Dios y bajo el presentimiento de la eternidad. Cómo no había de tener unidad, y unidad perfecta, una lírica que se nutría siempre de las eternas fuentes humanas que, en todos los siglos, le han prestado vigor, frescura y perennidad al arte de los hombres?

Como hombre, hay en Caro un cierto equilibrio de temperamento que recuerda la sólida sencillez de la columna dórica. Profundamente apasionado, de temperamento ardiente, no tuvo, sin embargo, arrebatos emocionales ni linaje alguno de intemperancias, ya se tratase de sus ideas, de su arte o de su carácter. Fue firme siempre, sin arrogancia vana, y orgulloso sin vanidades pueriles. En varias circunstancias de su vida demostró estas cualidades de su alma, aún a costa de graves peligros personales. Combatió el despotismo demagógico del general José Hilario López con ruda franqueza. Impugnó abiertamente a quien había sido su profesor en las aulas universitarias, el doctor Ezequiel Rojas, propagador en la Nueva Granada de las teorías de Bentham, contra las cuales volvió Caro todo el vigor de su dialéctica apretada y poderosa, pues ya apuntamos cómo el pensamiento lógico predominaba en Caro sobre sus otras facultades mentales. Desde un punto de vista estrictamente personal, dió muestras claras de su sangre fría en cierta ocasión en que fue retado a un duelo. Oigámoslo:

“El señor X, a consecuencia de ciertas expresiones relativas a él que se hallan en el último número de (aquí el nombre de un periódico) me ha hecho decir, hoy lunes 21 por la tarde, en el alto-

zano de la catedral, por medio del señor X. X. que exige una satisfacción de mi parte, por aquellas expresiones. Yo he dicho al señor X. X. que, a pesar de la repugnancia que siento de entrar en relaciones con el señor X, estaba pronto a darle aquella satisfacción. Esto quiere decir que el señor X considerando que aquellas expresiones mías debían tomarse en un sentido que no le es honroso, desea o que yo las explique, o las retire, o las reitere, poniéndome en peligro de ser herido o muerto por él. Yo no puedo explicarlas sino en un sentido que le es desfavorable. Tampoco puedo retirarlas. Estoy, pues, dispuesto a reiterarlas en situación de poder ser muerto por el señor X. Este tirará contra mí hasta dos pistoletazos, con bala, con las pistolas, en el lugar y a la distancia que determine el señor A. de acuerdo con el señor B. a quien doy poder al efecto. Si quedare yo vivo, reiteraré lo que he dicho, explicando como explico ahora que aquellas palabras significan. . . . Esta declaración, repetida dos veces, equivaldría a los dos pistoletazos que yo hubiera de tirarle. Yo no puedo ni debo hacer contra él otra especie de tiro. No tengo deseo, ni interés ni obligación de herir o matar al señor X; bien al contrario. Pero sí tengo interés y obligación positiva de sostener en todo caso lo que he dicho, porque es la verdad. El señor X tiene derecho, según la opinión, a que yo lo satisfaga, es decir, a que lo deje satisfecho de lo que he dicho, lo dije sin ligereza de pasión. antes bien con toda premeditación y con el pleno conocimiento de causa, y resuelto a correr todas las consecuencias de mi dicho, es decir, al peligro

de ser herido o muerto por el señor X. Esta especie de satisfacción tengo mucho gusto en dársela al señor X. y en dársela completa. Bogotá, 21 de enero de 1850. José Eusebio Caro". Y así se verificó el duelo —continúa el autor del estudio crítico del cual hemos copiado este documento, que figura sin nombres propios— salvo que el señor Z. no disparó sino una sola vez, dejándole desarmado la extraña resolución de su adversario".

Cumplimos con un deber de lealtad literaria manifestando que tanto esta declaración de Caro como otros documentos que figuran en este esbozo crítico, pertenecen al prólogo que don Miguel Antonio Caro escribió para la edición de las obras de su padre, don José Eusebio, edición que fue hecha en 1837 como tomo primero de una Biblioteca de Autores Colombianos, publicada por los redactores de El Tradicionista. El estudio de don Miguel Antonio Caro es una de sus más completas y sagaces páginas de crítica literaria, y es guía indispensable para quien pretendía comprender la obra del autor de La Bendición Nupcial, o escribir sobre él. Hay otro rasgo que pinta a lo vivo el carácter de José Eusebio Caro. Aquí cedemos la palabra al ya citado prologuista:

"Cuando en 1844 se discutía en la cámara de representantes el proyecto de división territorial del doctor Ospina, proyecto que José Eusebio Caro defendió con todas sus fuerzas; habiendo hecho el señor Julio Arboleda la suposición, en el autor del proyecto, de maquiavélicos fines contra la constitución nacional, indignado Caro le observó al señor Arboleda que no era a un propietario

de esclavos a quien correspondía suponer a nadie enemigo de la libertad. El señor Arboleda no halló a mano otra cosa que replicar sino inculpar a Caro como parásito de la administración Herrán, aunque a éste Caro le había tratado de nulo, y aunque sus antecedentes en la misma Cámara y su conocido carácter lo ponían a cubierto de toda tacha de adulación; como nadie adula al poder ejecutivo si no es por algún empleo, y como él “prefería (son sus expresiones) al silencio la palabra y a la palabra el acto”, hizo allí mismo renuncia del destino que ocupaba en la secretaría del interior (aprovechando la presencia del señor secretario, el doctor Ospina, amigo suyo, quien la aceptó incontinenti); y prometió no desempeñar cargo alguno público durante aquella administración. . . . En cuanto al señor Arboleda, a pocos días se presentó en su casa, deseoso de una reconciliación; a invitación suya recitó cada uno algunas de sus poesías favoritas, y concluyó la entrevista con un afectuoso abrazo”.

No son frecuentes estos rasgos en la época que alcanzamos; por eso mismo nos parecen heroicos. Ese era José Eusebio Caro, desde el punto de vista de la ética personal. ¡Todo un hombre! Y es eso lo que da a sus versos, por encima de la calidad artística, un valor eterno, que transpone los términos de las escuelas literarias o de las concepciones estéticas, que los sitúa en ese campo de universal eficacia donde el arte no es más que irradiación del hombre en el sentido de lo eterno. No concebía Caro la poesía sino como expresión de anhelos perdurables. Nunca hizo versos

ocasionales, ni cantó temas de suyo frívolos. Permaneció siempre frente a los más graves problemas del alma y del universo, no en la actitud del escéptico, ni del que niega toda metafísica, sino como creyente en Dios; pero esta creencia no le impidió sentir frecuentemente ese estremecimiento de temor humano, demasiado humano, que sacude las fibras del espíritu ante la contemplación del misterio. El soplo del abismo siempre eriza los nervios por más que oigamos, en su fondo, las consoladoras voces de la esperanza. Hay en la muerte una parte de terror fisiológico al que no pueden sustraerse los espíritus más firmemente anclados en la fe ultraterrena. El sol de la creencia, iluminando el espíritu, proyecta sobre la tierra la sombra del triste animal humano. Esta sombra aparece también en los versos de Caro, como en los escritos de todo gran pensador. Pero no es desesperación ni miedo, sino santa melancolía que nace de la misma limitación de la inteligencia para abarcar lo absoluto. La misma verdad es triste en el sentido de que sólo sirve para hacernos conocer el error y el engaño que nos rodea. Algo de lo dicho se traspira en estas estrofas de Caro:

Tristes, mortales, córrense mis días;
Hoy como ayer, mañana, igual a hoy;
Campos, montañas, cielos, todo cambia;
Pero no cambia, no, mi corazón.
Pronto quizá... la muerte cerca tengo....

La odiosa muerte vaga en mi redor.
Es alta noche.... el enemigo en frente....
Tal vez mañana callará mi voz.

La inspiración de Caro es esencialmente lírica. Se le cuenta entre los románticos, por relación a la época en que se desarrolló su genio poético, que corresponde exactamente al esplendor de aquella escuela poética; pero Caro del romanticismo no tomó más que algunos elementos que están implícitos en la esencia lírica, y que se habrían desarrollado fatalmente dentro de su poesía, fuese cualquiera la época en que hubiera nacido y escrito. El sentido religioso de la existencia y la inquietud de origen metafísico, son aspectos muy característicos del romanticismo, y en Caro constituyen la base de su tendencia poética. También es romántico el hecho de identificar la vida con el arte, y ya vimos que es ésta una de las notas predominantes en el arte de Caro. En cambio la ordenación metódica de las ideas y hasta de las emociones; la racionalización del sentimiento— si se me permite la expresión—; la justeza de la forma, que se adapta casi científicamente al pensamiento, y otras circunstancias, tan notorias en Caro, son de procedencia y extracción clásicas.

En general, la crítica ha llamado a José Eusebio Caro el poeta filósofo. Así lo denominan su propio hijo que es, al mismo tiempo, su mejor crítico, y don Marcelino Menéndez y Pelayo, que siguiendo las huellas de don Miguel Antonio Caro, formuló acerca del autor de El Bautismo uno de esos juicios definitivos y fervorosos que quedan

como páginas clásicas en la historia literaria de los países. Por el entusiasmo con que está juzgado Caro en esta ocasión, esa página crítica nos recuerda el estudio que el mismo Menéndez hizo sobre Heine, aunando los fervores de la admiración personal a la severidad del juicio justiciero y exacto. Puede afirmarse que sobre muy pocos poetas españoles escribió Menéndez con tanto amor como sobre José Eusebio Caro. Quizás (o sin quizás) contribuyó a ésto la efigie moral del poeta ocañero, en el cual vió reflejadas Menéndez muchas de las virtudes cristianas y de las cualidades de carácter que a él mismo lo enaltecían, y que hicieron de su crítica no sólo una escuela de alta literatura, sino una cátedra de moral religiosa y de ética intelectual. Pues, bien; Menéndez también califica a Caro de filósofo, con estas palabras: "Ningún poeta ha santificado con tan nobles acentos de filosofía religiosa los goces y dolores del hogar, ni ha dicho palabras más elocuentes sobre Dios y la eternidad, sin que el verbo inflamado de la poesía lírica perdiera nada de su color al contacto de la materia filosófica. Nadie podrá dividir en Caro el poeta, el filósofo y el hombre. . . ."

Gómez Restrepo, en su no menos entusiasta y hermoso estudio sobre el impugnador de las doctrinas utilitaristas, habla también de la profundidad metafísica de su poesía y Pombo, en su poesía panegírica, que es también uno de los juicios más acertados y justos sobre don José Eusebio, repite frecuentemente las palabras metafísica y filosofía aplicadas al autor que motivó grandioso elo-

gio lírico. No hay duda, pues, acerca del carácter filosófico de la poesía de José Eusebio Caro.

*Pero es el autor de **Estar Contigo** predominante y exclusivamente un vate metafísico, un formulador de teorías rimadas sobre Dios, el alma, el universo, o un pensador sistemático que hubiese desarrollado en áridas estrofas el proceso de un pensamiento discursivo, o los diferentes grados de alguna hipótesis racional? No. Caro es poeta filosófico en el sentido de que salva todo lo transitorio y fugaz del sentimiento o de la idea, en busca de algo permanente y universal que sólo se realiza en el mundo de lo absoluto. Muchas veces, partiendo de lo concreto o anecdótico, alcanza las regiones de la más pura abstracción, pero sin renegar de su cálida condición de poeta. Allí está, para demostrarlo, la historia de su pasión por "Delina", única mujer que despertó la formidable capacidad afectiva de este poeta, y la cual, años más tarde, fue su esposa. La trayectoria de esta pasión puede seguirse paso a paso a través de sus poemas, ya que cada uno de ellos es como una estancia o jornada en la historia de este amor. Primero, el encuentro inicial y los tímidos balbuceos de la pasión que nace; después la incertidumbre ante un rival que aparece designado en muchas de esas poesías, y ante el cual el poeta siente los naturales celos de la pasión insegura de su objeto; más tarde la hora en que la mujer dilecta corresponde a su apasionado admirador; posteriormente, en serie no interrumpida, la proposición de matrimonio, la bendición nupcial, la ventura doméstica, el anuncio del pri-*

mogénito y el bautizo de éste. Hay que advertir que me he valido, para esta enumeración, de los mismos títulos de las poesías de Caro. La historia es completa. Algunas poesías que no caben literalmente dentro de esta enumeración ascendente, se refieren a episodios de esos que no faltan nunca en estos grandes dramas del corazón; el poeta teme no ser correspondido; el amante ha ofendido involuntariamente a su prometida; una ligera contrariedad nubla el rostro de ésta, y el joven novio se intranquiliza indagando la causa de semejante circunstancia, etc. En su más vasto conjunto, los poemas de Caro son la historia, pues, de su enamoramiento y de su matrimonio, referido todo con ardorosa pasión, en términos de varonil y a veces extraña franqueza, como acontece con la poesía que el autor dedica a su hijo por nacer. Se necesita, como dice Menéndez y Pelayo, cierto heroico candor para abordar líricamente un tema semejante; pero Caro lo hace en términos que aparecen como sublimes. Y aquí hace al caso recordar que unos críticos chilenos, de cuyo nombre no quiero acordarme, tildaron esa poesía de obscena, cuando es de una magnífica pureza y de una inspiración casi religiosa. Veamos cómo respondió Caro a los tales o, mejor dicho, a cierto personaje colombiano que había repetido la imputación de los chilenos:

“Me acusa V. S. de haber escrito versos obscenos. ¡Ah! V. S. también quiere darme lecciones de moralidad y de rigidez de costumbres! Creo estar soñando, porque, en fin, entre el desorden de los cuarteles, entre los relajamientos de las

campañas; V. S. ha visto mis costumbres, como yo he visto las suyas. Impuse mis manos paternas sobre el seno que encerraba el fruto de un amor legítimo, para bendecirlo, desde entonces, en nombre de Dios; y la imaginación de V. S. empañada con sucias nubes, no ve en este acto sublime de un padre sino el acto indecente de un libertino? Y quiere que la pluma con que escribí mis mejores versos —versos para siempre grabados en vuestra memoria a despecho de vuestros rencores (sí; porque esos versos no los olvidaréis jamás y los repetiréis involuntariamente como una oración cuando vuestra esposa os anuncie que tenéis un hijo) — queréis que esa pluma la quemé. No; no puedo quemarla. . . . Esa pluma la guardo para legársela a mi hijo; la guardo para que conozca la pluma con que su padre escribió los versos en que le bendecía desde el seno de su madre”.

Veamos ahora quién era la mujer que despertó en Caro tan profundos sentimientos. El mismo la describe en las siguientes líneas:

“Yo me he acercado a las más celebradas mujeres de Bogotá; he visto a las más hermosas, he tratado a las más inteligentes. Algunas habrán podido divertirme; ninguna habría logrado sorprenderme. En ella, sólo en ella, he podido admirar aquella exquisita finura de observación que sabe caracterizar con una palabra el objeto a que se aplica; aquel tacto de las actuaciones, tan raro como precioso, por el cual adivina más bien que descubre, el mejor procedimiento en cada caso dado; aquel entendimiento despejado y sin nu-

bes, que sin envanecerse y sin humillarse sabe poner cada consejo, cada recomendación, cada elogio, en el lugar que le corresponde; aquella sagacidad penetrante que, de una sola ojeada, y deduciendo de un solo rasgo el carácter entero de una persona, en una acción toma principio para desenvolver una conducta.... Su maravillosa hermosura es la menos notable de sus cualidades, la menor de sus perfecciones”.

Tal era la hija del doctor Tobar, ministro-juez que fue de la alta Corte de Justicia, y “uno de los fundadores de la independencia americana”. Tal era Delina, nombre poético con que Caro la inmortalizó en sus poemas. Este amor resistió inalterable a la convivencia conyugal. Bastantes años después de casado, todavía escribía Caro a su mujer, desde Cartagena, sitio de donde tuvo que devolverse a los Estados Unidos, al saber que el despotismo demagógico reinaba todavía en su patria: “Mi corazón nació para amar y para amarte a tí. Después de haberte conocido me era imposible dejar de amarte, me era para siempre imposible ser feliz sin tu amor. En cualquier estado que te hubiera conocido, te habría amado natural, instantáneamente, te habría amado como te amé, como te amo ahora, como te amaré hasta el día de mi muerte”. Es oportuno puntualizar aquí que este día trágico para la Nueva Granada, cuyos rumbos políticos habrían sido distintos si Caro vive más tiempo, según lo afirma Suárez, este día de luto para las letras castellanas llegó tres años después de escrita esta carta, cuando Caro contaba apenas treinta y cinco años de edad. Murió lejos

de su hogar, según lo había presentido, víctima de la persecución política contra él decretada, y que le obligó a expatriarse a los Estados Unidos. Por cierto que fue en la patria de Franklin donde escribió su poesía titulada La Libertad y el Socialismo que Menéndez Pelayo considera "la más arrogante y magnífica de sus inspiraciones líricas". En esas estrofas dio Caro respuesta a sus enemigos y dejó, al mismo tiempo, un tremendo cuadro del estado social de la Nueva Granada hacia 1849.

Con raras excepciones, pues, las poesías de José Eusebio Caro son amorosas y se refieren a la mujer a quien posteriormente condujo al altar. Entonces, cómo es Caro poeta filósofo? Podemos afirmar que la filosofía fue en Caro una derivación de su sentido erótico. Sin la muerte, difícilmente se hubiera filosofado, decía Schopenhauer, y lo mismo podría afirmarse del amor, que se funda precisamente en el sentimiento de que todo parece y se extingue, y lucha contra esta oscura y bella fatalidad. Consideradas humanamente las cosas, en un mundo en el que no existiera la muerte, tampoco existiría el amor, y sin éste, la metafísica no habría nacido, puesto que es esa pasión la que nos lleva a la consideración de lo absoluto. El amor aspira a la totalidad y a la inmortalidad. El amor es como la síntesis suprema de la actividad cósmica. Por el amor ascendió Caro a las regiones de la filosofía. Esa la fuerza que lo impulsó a buscar la explicación última de los seres, y la razón del espíritu. Y en el ápice de aquella escala de interrogaciones encontró siempre la

idea de Dios, como clave última del misterio terreno. El amor, en Caro, es religioso, más que filosófico. La suya es una especie de teología del corazón, mejor que una concepción de su inteligencia. Delina, como eBatriz a Dante, le enseñó los misterios ultraterrenos y abrió a sus ojos las puertas del paraíso.

Podría objetarse que, desde este punto de vista, el amor fue en José Eusebio Caro una concepción intelectualista y religiosa, y que adhirió a él como se adhiere a una esis abstracta, por simple determinación del entendimiento. No hay tal. Caro sentía el amor con pasión de hombre y efectivamente hay pasión ardiente en sus versos; pero al trasladar al arte esa pasión, el amor se intelectualizaba, se convertía en idea, sin perder por eso, sus raíces sentimentales. Admirablemente bien expresó este fenómeno don Miguel Antonio Caro cuando dijo:

“El amor inspiraba; la razón escribía. Caro experimentaba la pasión más intensa, y sin embargo sus versos no son la obra directa de esa pasión. Formulábamos mediante la reflexión, sin que por eso se resientan de frialdad, a manera de un pintor que hiciese un buen retrato, ausente el original. Sus versos no son la expresión espontánea, el grito de sus sentimientos; son una imagen bella y pura de esos mismos sentimientos convertidos en ideas; pero imagen que lleva el calor y el aroma de un corazón apasionado”.

Así se explica la aparente antinomia que había entre Caro hombre y Caro poeta, desde el punto de vista de la pasión amorosa. La más alta, com-

pleta y profunda de sus poesías es la que lleva como título La bendición nupcial, escrita con ocasión de su matrimonio, como se infiere del título. Los críticos chilenos, a que me he referido antes, se admiraban de que un hombre, en ocasión semejante, se hubiese puesto a escribir un tratado de metafísica, en vez de pensar en la consabida "luna de miel", en el hotel de moda para pasarla, o en el usual "viaje de bodas" como cualquier petrimetre adinerado. Pensaba en sus responsabilidades de hombre, de marido y de futuro padre; pensaba en la generación que de él saldría, y en la vasta cadena humana a que daría origen su enlace con la mujer predilecta de su corazón; pensaba en la incertidumbre del porvenir, en la suerte misma de su amor, en la inevitable cosecha de desencuentros que es la vida, en los azares de su vida de político y de combatiente por los ideales de la cultura cristiana, en época adversa a la religión; pensaba en su muerte, en la suerte de su hogar y de su nombre, una vez desaparecido él, y en otras cuestiones por el estilo que, si deben ser la preocupación de todo hombre sensato en aquel temeroso trance, en Caro revestían gravedad suma, porque su imaginación todo lo agrandaba, y su inteligencia dramatizaba las ideas al proyectarlas sobre la eternidad.

Es posible, decimos ahora, desde un punto de vista abstracto, la poesía filosófica? No se oponen, por definición, estas dos materias? No tienen objetos y fines distintos? En rigor lógico, pudiérase contestar afirmativamente a estas interrogaciones. Efectivamente, el filósofo, en términos

generales, busca la verdad, y el poeta la realización de la belleza. El filósofo especula racionalmente y el poeta intuye por medio de la imaginación. La filosofía generaliza y la lírica, como todo arte, parte de lo concreto y personal. En toda filosofía hay envuelto cierto rigor sistemático, que sujeta a método estricto el raciocinio; la poesía es un libre divagar que no tiene como norma sino la verdad de las asociaciones y la analogía de los símiles, todo ello de acuerdo con la fantasía del poeta. La filosofía da la explicación de las cosas, por medio de sus últimas razones; la poesía nada explica porque no le interesa remontarse a la ley del fenómeno, sino ofrecer este mismo fenómeno en el plano de la simple contemplación estética, dentro de su inmediata y simple realidad. Tales son, entre otras, las diferencias entre la actividad filosófica y la creación poética. Pero si nos salimos de este rigor dialéctico, y contemplamos las cosas con más amplitud de criterio, veremos cómo sí puede haber una especie de filosofía lírica o de poesía filosófica, según la manera como el poeta aborda los problemas fundamentales de la filosofía.

Poetas ha habido que, de hecho, han tocado en sus versos temas pertenecientes a alguna rama de la especulación trascendental, por ejemplo, Lucrecio, que puso en verso las teorías cosmológicas de Epicuro. Otros han tratado líricamente asuntos más concretos, pero caen, de hecho, dentro de la técnica filosófica, como los que han cantado al hombre en general, y allí está el caso de Lamartine, al tiempo, a la inmortalidad, o se han referi-

do a ciertos aspectos morales de esas mismas cuestiones, como la justicia, la verdad, la inestabilidad de las cosas humanas, la fuga de las pompas y honores, etc. Esta poesía de carácter moral es muy española, y caracteriza casi íntegramente los primeros siglos de la literatura castellana, desde Berceo hasta Jorge Manrique. Entre nosotros no ha tenido cultivadores de mayor mérito ni ha producido obras que merezcan ser mencionadas. Quizás nos falta a los colombianos, y en general, a los escritores de Hispanoamérica, ese sedimento que depositaron, en el alma de su raza, escritores como Séneca, sedimento que no se transfundió en la mentalidad de estos pueblos. Digo, pues, que son abundantes los poetas que han tomado, para materia del canto, aspectos concretos o parciales de la especulación metafísica, y, a veces, los han tratado con rigor sistemático, dentro de la libertad lírica. En Colombia es notable por este aspecto, el doctor Núñez, que hizo entrar en los dominios de la poética temas de entraña filosófica y aún científica, con el natural perjuicio que de allí derivaron por igual la lírica y la ciencia, pues ni esa poesía alcanza toda su expresión estética, por un lado, ni, por otro, llega a la plenitud de las demostraciones científicas, siendo apenas una expresión rudimentaria de estos problemas, expresados por medio del balbuceo lírico. Muchas de las poesías de Núñez son exposiciones prosaicas de temas científicos, escritos en renglones cortos. La materia de otras resulta más inteligible si se convierten en prosa las estrofas. Muchos de estos temas, así refundidos, podrían en-

trar, por derecho propio, en los asuntos sociales y sociológicos que Núñez manejó, con tanta destreza, dentro de su labor periodística.

Otros poetas, por el contrario, lejos de proponerse asuntos propios de la especulación racional, consideran las ideas y los sentimientos desde su punto de vista más universal y trascendente, partiendo siempre de casos concretos que han herido su sensibilidad. Tal es el caso de José Eusebio Caro. Casi ninguno de los asuntos de su poesía pudiera servir de tema de estudio en alguna clase de metafísica o de ciencias naturales, como sí acontece con algunos motivos líricos de Núñez; pero todos ellos entran en esa serie de incitaciones universales que siempre han movido la inteligencia de los hombres hacia consideraciones de índole general. Sólo hay un caso en que Caro usó de un motivo propio exclusivamente de las ciencias políticas, y es su poesía llamada La Libertad y el Socialismo, que es un ejemplo casi único de refundición lírica de un tema prosaico de suyo. ¡Pero con qué donaire supo sortear el poeta los escollos propios de esa clase de intentos literarios! La adaptación de la expresión al tema no puede ser más armónica. Hay estrofas, en esa poesía que son perfectas desde el punto de vista del equilibrio guardado entre la dureza del tema y su traslación a la escala poética.

Estos ejemplos bastan para demostrar cómo el genio poético de Caro sabía dar ligereza y arrebató a temas pesados por naturaleza y que otro, menos audaz, o menos consciente de sus fuerzas artísticas no se habría atrevido a tocar. Caro no

se arredra ante la natural aridez del tema, ni ante la casi imposibilidad de poetizar un capítulo de sociología y de historia política colombiana. Se lanza al tema con toda la arrogancia del caso, y sale en verdad victorioso, pues la poesía de Caro se lee siempre con gusto, a causa de esa conciliación estética y científica de que hablamos ya, tan hábilmente lograda. Don Julio Arboleda también escribió versos análogos, casi en las mismas circunstancias políticas de Caro y contra el mismo general José Hilario López y, sin embargo, los versos del cantor de Pubenza han envejecido más que los de Caro, y sólo pueden leerse con criterio retrospectivo. La oda de Caro es de perpetua actualidad, como lo es el caso político allí contemplado, y su doctrina sigue y seguirá vigente, dentro del espiritualismo cristiano, como una de las bases más incommovibles de la filosofía católica frente al problema social. ¡Ese fue el acierto de Caro! Contempló el problema apenas con referencias ocasionales a la historia política de Colombia, desarrollando la tesis doctrinal en un sentido válido para todas las épocas y circunstancias del mundo.

Pero dejando a un lado esta poesía, que es de fondo estrictamente científico, los demás poemas de Caro pertenecen a esa filosofía general de la vida que puede formularse cualquier espíritu reflexivo, aun cuando Caro sí meditó en obras de expresión doctrinaria y en amplios desarrollos de tesis metafísicas, pero esto corresponde a su labor en prosa, y en esto no nos quedan más que esbozos. Bien sabido es que proyectó una Filosofía

del Cristianismo, *cuyo plan, según don Miguel Antonio Caro, concuerda bastante con el de los Estudios Filosóficos de Augusto Nicolás. Pero no nos corresponde investigar esta faz del talento filosófico de José Eusebio Caro. Su filosofía poética, pues, es libre especulación sobre cuestiones vitales, pero desarrollada en veces en forma casi silogística, por la precisión del pensamiento y la exactitud de las expresiones e imágenes. Todo el dogma de la supervivencia del espíritu, por ejemplo, está condensado en estos dos versos maravillosos:*

El hombre es una lámpara apagada.
Toda su luz se la dará la muerte.

Difícilmente se puede ser más "matemático" digamos así, en la exposición de una idea, y difícilmente pueden juntarse, con arte igual, el pensamiento trascendental y la imagen poética que lo simboliza. Aquí se revela esa perfecta armonía de facultades que había en Caro, principalmente dones del pensador y sus atributos de lírico.

Afirma don Miguel Antonio Caro que, en sus últimos años, don José Eusebio redactaba primero sus poesías en prosa, y luego las trasladaba al verso. El procedimiento no fue de la exclusiva invención del autor de la Bendición Nupcial que antes había sido empleado, y posteriormente, un poeta francés radicalmente opuesto a Caro en ideas y en sensibilidad artística, Carlos Baudelaire, también se sirvió de él para componer muchas de las poesías de Las Flores del Mal. En las poesías

de don José Eusebio Caro, especialmente en las de su última época, es visible este procedimiento, es decir, el de una primera y sosegada elaboración reflexiva, a la cual siguió después el simple engaste poético. De otra manera, es decir, si Caro aboca directamente el asunto, difícilmente habría logrado tan extraordinaria precisión de conceptos. Como los escultores, modeló primero sus ideas en la dúctil arcilla de la prosa, que se presta a todas las rectificaciones, y luego las trasladó a la materia poética definitiva, al duro y perenne bronce de sus versos.

RAFAEL MAYA